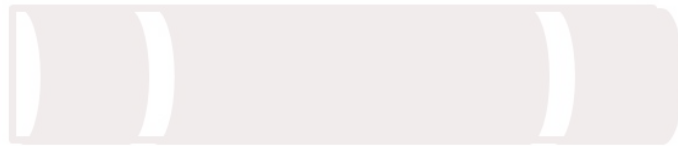




MENSAJE DEL GOBERNADOR DE PUERTO RICO,  
RAFAEL HERNANDEZ COLON, EN OCASION DE  
LA INAUGURACION DEL PARQUE ROBERTO  
CLEMENTE EN MIAMI - 20 DE JULIO DE 1974



Buenos días:

Me complace encontrarme entre ustedes para participar en la dedicación de este magnífico parque a la memoria de Roberto Clemente.

Y muy especialmente agradecerle a su Alcalde, Maurice A. Ferré, el que me invitase a acompañarles en la mañana de hoy. Deseo hacerlo a nombre de todos los puertorriqueños, quienes aprecian en todo lo que valen sus esfuerzos y su éxito en conseguir darle el nombre de un gran puertorriqueño y un gran ser humano a uno de los mejores parques de Miami.

Entiendo que está localizado en el centro del vecindario puertorriqueño más numeroso de esta ciudad, y que ha servido y ha de continuar sirviendo como foco para un gran número de actividades comunales beneficiosas.

También se me ha dicho que aquí está la muy exitosa clínica Borinquen, y deseo unirle al aprecio unánime en que se tiene al Dr. Emilio López por sus ejecutorias como Director de ella.

A la luz de lo que he visto y escuchado hasta ahora, todos los miembros de esta comunidad parecen mantenerse muy activos en un buen número de causas cívicas. Quiero felicitarles por su entusiasmo y por el entusiasmo y el bien merecido orgullo que demuestran tener por su vecindario.

No es que me interese inyectar hoy una nota de tristeza a esta alegre y festiva ocasión recordando la trágica muerte de Roberto Clemente, Pero su pérdida y las circunstancias de ella ponen de manifiesto el hecho de que a la edad de sólo 38 años ya había logrado un nivel de excelencia profesional y humanitaria para llegar al cual la mayoría de nosotros hubiéramos necesitado vivir dos largas vidas.

Es bueno que le recordemos. Y es bueno que nuestros hijos y nuestros nietos oigan hablar de él, y puedan aprender de él. Uno sólo de los días de su vida fue trágico, aunque tuvo otros en que sufrió mucho. Pero para compensarlos ahí están las miles de ocasiones en que Roberto logró rebosar de la dicha de vivir y verse invadido por ese venturoso sentido de satisfacción que con tanto frecuencia hubo de ganarse por sus buenas obras en beneficio de grandes y chicos.

Recordemos mucho menos que su pérdida, la inmensidad del bien que nos dejara.

Así es como lo recuerdan sus compañeros de los Piratas de Pittsburg.

Unos cuantos meses después de su muerte, entrada ya la que hubiese sido la décimonovena temporada de Roberto con el equipo, el Gerente General de la novena, Joe Brown, nos dijo:

"Nuestro ánimo continúa vigoroso porque la personalidad y el

carácter de Roberto contagiaron a todo el mundo. Hé aquí un ejemplo de la manera en que influía en los demás. Hace un par de años Bob Robertson me dijo: "Clemente me lleva doce años. Cuando lo veo dándole a la novena el 150 por ciento de su esfuerzo en todo momento, no puedo menos yo que echar el resto".

Existe una anécdota muy poco conocida que pone la relieve la dedicación y el regocijo con que trató a los millares de jovencitos a quienes adiestraba y acompañaba en el juego.

Celebráse un banquete en uno de los grandes hoteles de San Juan. Un grupo entusiasta de ciudadanos de la capital había logrado levantar una buena suma de dinero y de equipo para las Pequeñas Ligas.

Roberto se encontraba presente, y a todas luces muy impresionado por los esfuerzos de estos caballeros. / Se le pidió que dijese algunas palabras, y éstas fueron:

"Hace años, cuando por fin alcancé llegar a las Grandes Ligas, descubrí que no todos eran los que están. Quiero que ustedes sepan que con sólo una mirada puedo percatarme de si una persona es de Grandes Ligas. Y todos ustedes lo son, a juzgar por la forma en que han apoyado esta causa".

Roberto Clemente fue un puertorriqueño, y de los grandes. Todos sus conciudadanos tienen derecho a sentirse particularmente orgullosos de él, y también la responsabilidad de vivir a la altura de sus ideales.

Recuerdo las palabras que nuestro Comisionado Residente Jaime Benítez pronunció en el Congreso en ocasión de su muerte:

"Su partida fue un golpe rudo para los puertorriqueños, ya que todos estábamos conscientes de su empresa misionera de amor, habíamos contribuido a ella, y compartimos los méritos de ella.

"El impacto fue particularmente intenso, porque nuestro pueblo vió en la obra humanitaria de Clemente el reflejo de sus propias virtudes de bondad, generosidad y solidaridad personal con el prójimo en el dolor y la desventura".

"Cuando Clemente deja su hogar, su esposa y sus hijos durante las festividades de la víspera de Año Nuevo para socorrer las víctimas de un terremoto en Managua, está, sencillamente, expresando en forma heroica, nuestro propio sentido básico de solidaridad para con los necesitados y los menesterosos".

Sé que hoy, aquí en Miami, en San Juan, en todo Puerto Rico, y dondequiera que haya puertorriqueños viviendo o trabajando, se echa de menos a Roberto Clemente. Lo echamos de menos con el bate al hombro en el campo de pelota, y echamos de menos sus grandes hazañas como corredor y fildeador y jugador completo. Y nos seguirán haciendo falta, tanto él, como el prestigio que supo ganarse en todas partes, no sólo para sí mismo, sino para todos los puertorriqueños.